

PAULO COELHO Escritor

“Me da miedo mi pasado”

G. ALTARES / C. GELI
Francfort

“Unos nueve o diez al año”. Las cifras son, claro, ventas en millones de ejemplares, y las pronuncia Mônica Antunes, la *Bruja de Barcelona*, como la conoce aterrorizado medio mundo editorial, el que ha de tratar con ella como dura agente del escritor Paulo Coelho (Rio de Janeiro, 1947), estrella literaria de Feria de Francfort que se celebró el mes pasado. Este certamen literario le invitó a dar la conferencia inaugural y allí recibió el homenaje de medio centenar de editores (una fiesta comentadísima, con 400 invitados y el autor cantando con Gilberto Gil) tras alcanzar los 100 millones de libros vendidos. “Bueno, eso fue el pasado octubre: ahora son ya casi 110”, matiza, sin pretensión alguna, Mônica Antunes, responsable de una agencia, Sant Jordi Asociados, que trabaja exclusivamente para la galaxia Coelho.

Cumple Coelho con el ritual: de negro riguroso de arriba abajo, que llevaría a pensar en alguna especie de uniforme sacer-

dotal si no fuera por su gesticulación y un brillo de diablillo en los ojos. Desprende gran tranquilidad o confianza en sí mismo. La debe tener porque de no ser así no hubiera dado la llave del baúl de su vida al periodista brasileño Fernando Morais para que sacara de él 170 cuadernos manuscritos y 94 CD de audio donde el escritor fue notarialmente dando fe de su vida desde que tenía 12 años hasta 1995. El fruto ha sido la voluminosa biografía (más de 600 páginas) *El mago*, vendido ya a 21 idiomas y que Planeta distribuye estos días en las librerías españolas.

El libro es una bomba. La vida de Coelho ha sido un blanco o negro, un *yin y yan* constante: nació casi muerto por problemas con el líquido amniótico y sus heces; de pequeño organizó sectas secretas; fue un desastre total como estudiante; atropelló casi mortalmente con un coche que llevaba sin carnet a un joven y se dio a la fuga; ese episodio acabó deteriorando aún más las relaciones con sus padres, que le encerraron en un manicomio que visitó tres veces en su juven-



Paulo Coelho, en los pasillos de un hotel durante una visita a Madrid en 2006. / LUIS MAGÁN

tud y donde fue tratado con electroshock. Antes, había intentado suicidarse con gas. Y para calmar al que llamaba “el ángel de la muerte”, por no haber cumplido, degolló una cabra de un vecino en un particular rito.

El descenso al infierno fue vertiginoso: apagó un cigarrillo en la pierna de una de sus múltiples, simultáneas y bellas novias para comprobar si le quería; a otra, bajo la tesis de “la cura por desesperación”, le alentó su intento de suicidarse porque finalmente, dice, sabía que no lo acabaría cumpliendo... Época de teatro sin fortuna, de *hippy*, de asiduo a todas las drogas posibles y de practicante homosexual para descartar inclinaciones. Y en su enésima desesperación vital se apuntó a la magia y se convirtió en fiel seguidor de los mandatos de Aleister Crowley y del satanismo, hasta el extremo de tener un joven esclavo. Detenido por supuestas actividades políticas extremistas, y tras una cierta estabilidad componiendo canciones para artistas, el famoso Camino de Santiago que emprendió con 39 años, a manera de epifanía, le decidió a hacer lo que anhelaba desde los 13 años: ser escritor. Desde entonces, fama sin fin y vida antitética.

“Leí el original [de la biografía] el pasado mayo y mi mujer lloró tras acabarlo. ‘Sufriste mucho’, me dijo; yo, la verdad, no recordaba muchas cosas, pero no creo que sufriera: cuando uno está luchando, no sufre”. Hoy, admite que aquella etapa de su vida fue excesiva: “Sí, me da miedo mi pasado: llegué demasiado al límite de muchas cosas y más cuando arrastraba conmigo a otras personas”. ¿Por qué facilitar que salga a la luz este pasado oscuro de hoy un adorado escritor? “Hubiera acabado sabiéndose igualmente. No tenía sentido ocultarlo: es mi vida. Al fin y al cabo, salí de eso, luego vencí”.

Se cumplió también con él una de sus premisas: cada día, en la vida de uno, hay un momento para cambiar: “No hay otra virtud en la vida que ser

valiente. No hay nadie que no vea su oportunidad en la vida; el cambio está ahí. Lo que ocurre es que entre el momento y el valor de cambiar hay una separación de 200 océanos”, sentencia.

El número 200 lo utiliza también para intentar cuantificar razones que explican su éxito, pero serían todas falsas. “No lo sé, de verdad; ¿me cree?”. ¿Quizá la pérdida de valores de la

Su biografía narra una juventud de satanismo, drogas y manicomios

“Hubiera acabado sabiéndose. No tenía sentido ocultarlo. Es mi vida. Salí de eso”

sociedad ha facilitado su discurso? “No escribo sobre espiritualidad; en cualquier caso, la tempestad viene ya desde poco antes de la I Guerra Mundial; la desorientación de la sociedad es hoy total. ¿Dónde está la alegría de vivir? Estamos en unos tiempos en que la gente está totalmente controlada vigilada y hastiada”. ¿La crisis que estamos viviendo purificará? “Esta sociedad no va a aprender nada de esta crisis económica porque las autoridades intervinieron demasiado pronto, la Bolsa tenía que haber caído y caído para encontrar otra salida... Es mi lado jesuítico: de una buena purga sales purificado; así, sólo volveremos a caer más pronto que tarde”.

La intransigencia imperante es la consecuencia de este estado, según Coelho: “Estamos cercados por todo fundamentalismo. Ojo con lo que puede ocurrir en EE UU ahora que ha ganado Obama porque buena parte de su país no lo quiere por ser negro: la violencia física podría reaparecer”. También da caña al actual Papa: “Soy católico, practicante y pecador, pero este Papa

es un desastre: está siempre con sus dogmas religiosos y entrometiéndose en temas políticos; es bastante culpable del fundamentalismo católico imperante”, sentencia.

Con 18 libros publicados, traducidos a 67 lenguas en 160 países, el autor de *El alquimista* puede permitirse casi todo en el mundo del libro. Como asegurar “soy un pirata de mí mismo” y defender, con un discurso que dejó estupefactos a los responsables de la feria, el *free copyright* que practica: en su página web puede descargarse alguno de sus títulos.

En su caso, como en su vida, debe haber magia: de cada libro así ofrecido acaba vendiendo luego en papel diez veces más. O cien o mil. “No sabemos qué pasa más allá de la curva del río de la vida; ésa es la belleza de nuestro mundo; es posible que vaya con una corriente que hoy el sector editorial no sepa o no quiera saber que existe, pero el lector ya no es pasivo y no podemos seguir actuando igual ahora que existe Internet, a menos que queramos que al libro le pase lo de la música y el cine”, argumenta Coelho, que dedica tres horas diarias a navegar por la red. ¿Y los editores entienden la jugada? “No pregunto a los editores, no suelo hacerlo”.

Una de las mayores ilusiones de Coelho ahora es retirarse tres meses en un monasterio (“con Internet, eso sí”) o volar en un avión supersónico (“los ejércitos del aire canadiense y español ya me han ofrecido esa posibilidad”). De nuevo, el Coelho dicotómico. “Soy contradictorio, pero eso debería ser inherente al ser humano; sin confrontación no hay evolución; la clave en esta vida es desear algo mucho, pero cuidado porque el universo es amoral; funciona contigo o con tu deserción”.

Para el año que viene Coelho prepara *El vencedor está solo*, y llegará la versión cinematográfica de *Verónica decide morir*. ¿Es feliz Coelho? “Depende, hay momentos, pero quizá estoy más contento que feliz; eso sí, duermo bien”.

